



## Cristología en los Escritos Joánicos

Iniciamos nuestro estudio sobre la persona de Jesús y su reflexión en los escritos de San Juan. A este autor<sup>1</sup> le corresponde la autoría del cuarto Evangelio, así como las tres cartas que la Tradición le ha asignado, y finalmente el Apocalipsis. En todos estos libros neotestamentarios encontramos una presentación de Jesús que se ve enriquecida por la experiencia y por la reflexión del autor, de allí que pueda llamarse propiamente –si bien en sentido amplio– una “cristología”, es decir, una profundización teológica sobre Jesús, su persona y su obra, que pone a la luz lo específico del misterio revelado y ayuda a comprenderlo un poco más.

En las presentaciones sucesivas, seguiremos un orden común. Una vez señalado el(los) libro(s) a ser estudiado(s), haremos una breve presentación del autor y la problemática que se suscita sobre esta cuestión. A continuación, indicaremos la posible fecha de composición, lugar de composición y destinatarios, y finalmente un esquema general de la(s) obra(s) estudiada(s). Todo esto nos servirá como preparación para el tema que es centro de nuestro estudio, a saber, la cristología presente en los escritos joánicos<sup>2</sup>.

1

### 1. Evangelio según san Juan

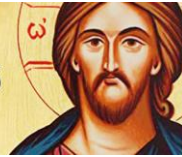
El cuarto evangelio, comúnmente denominado “Evangelio de Juan”, constituye una particularidad no sólo entre los evangelios, sino en general en todo el Nuevo Testamento. Para comenzar, difiere de los evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) en cuanto a estructura y contenidos. Los Sinópticos presentan un enfoque que podríamos denominar histórico (comienzan con el nacimiento y primeros años de Jesús, continúan con su ministerio público y terminan con la muerte y resurrección de Jesús) y culminan con el ingreso de Jesús a la eternidad, por medio de la Resurrección y la posterior Ascensión. En cambio, el evangelio según san Juan comienza con la contemplación de la Palabra,

---

<sup>1</sup> Como iremos viendo a medida que avancemos en nuestro curso, hay mucha discusión sobre si es Juan el Apóstol, uno de los Doce, el autor *stricto sensu* de los libros que vamos a estudiar. Por el momento, nos bastará con seguir el juicio de la Iglesia, que sin mayor problema reconoce en San Juan, el Apóstol hijo de Zebedeo y hermano de Santiago, al autor del Evangelio, las tres cartas y el Apocalipsis.

<sup>2</sup> Para el texto bíblico, puede usarse cualquier versión de la Sagrada Escritura en castellano. Sin embargo, para estudiar con la máxima precisión nuestro tema, recomendamos la Biblia de Jerusalén, de preferencia las versiones de 1966, 1967, 1975 y 1976. La razón está en que su literalidad ayuda mucho a comprender con precisión los términos usados en las lenguas originales, cosa que es de mucha ayuda en un estudio teológico como el que vamos a emprender.

## ESCRITOS JOÁNICOS



que desde toda la eternidad está siempre junto al Padre, para posteriormente describir la realidad histórica de Jesús a lo largo de su ministerio público. Si los Sinópticos enfatizan la realidad humana de Jesús, el evangelio de Juan, más que ningún otro, subraya la divinidad del Señor Jesús, desde el primer capítulo hasta el final de la obra. Ciertamente, se trata de un libro singular.

La Tradición, de manera simbólica, ha designado a Juan como el águila. Ello porque su evangelio comienza “desde arriba”, como si estuviera contemplando en el cielo y en la eternidad el misterio de Jesús, para después descender raudamente a la tierra y mostrar lo que el Señor ha hecho por nosotros. Y, sin embargo, Juan no se olvida de la historia, todo lo contrario. Gracias a san Juan poseemos datos históricos que ningún otro evangelista ha podido transmitir, y ello debido a que en su evangelio encontramos la garantía del que ha sido testigo de aquello que narra.

**Autor:** Es común señalar al autor de un evangelio acudiendo en primer lugar a la Tradición de la Iglesia, y en segundo lugar, haciendo un análisis interno del mismo libro que corrobore (o niegue, según sea el caso) lo que señala la Tradición. Esto es lo que también haremos.

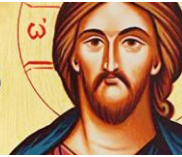
Y la Tradición, desde los primeros siglos (prácticamente, desde el inicio del cristianismo) ha atribuido el cuarto evangelio al Apóstol Juan, uno de los Doce, llamado en la Escritura “el discípulo amado”. Los testimonios son abundantes: Orígenes de Alejandría y San Policarpo de Esmirna<sup>3</sup>, en el siglo II, así como San Ireneo de Lyon, en los ss. II-III, Eusebio de Cesarea en el s. IV, y desde ese momento, prácticamente la totalidad de los Padres de la Iglesia, son unánimes en señalar a Juan, hijo de Zebedeo como el autor de este evangelio tan peculiar<sup>4</sup>.

El análisis interno del evangelio de Juan nos dice que el que escribe es judío, y ello por su conocimiento de términos, costumbres y fiestas que sólo un judío podría saber. Además, es una persona perteneciente al círculo más estrecho de Jesús (ha estado, por ejemplo, en la Última Cena) y resalta su vinculación con Simón Pedro. Se presenta, por último, como testigo vivencial de todas las cosas que narra (ver Jn 1, 39; 19, 26; 19, 35, entre otros pasajes). Todas estas características encajan muy bien con San Juan.

---

<sup>3</sup> El testimonio de este Padre de la Iglesia, que murió mártir en el año 156, es muy importante, ya que él conoció personalmente a San Juan.

<sup>4</sup> Y así puede citarse entre los orientales a San Atanasio de Alejandría, San Juan Crisóstomo, San Cirilo de Alejandría, etc. Mientras que en Occidente, destacan San Ambrosio, San Jerónimo, el gran biblista, y San Agustín, que ha escrito un maravilloso comentario al Evangelio joánico.



Es sorprendente constatar cómo los evangelios en general gustan destacar las acciones de los Apóstoles. Así, Mt señala 40 veces lo que los apóstoles hacen o dicen; Mc unas 50 veces; Lc 43 veces y Juan ... ¡74 veces! Pues bien, en las 74 veces narradas por Juan, a diferencia de los sinópticos, nunca aparece el nombre de Juan. ¿Por qué? Porque es el mismo Juan el que narra. Esto constituye un fuerte argumento en favor de la autoría de San Juan sobre este evangelio<sup>5</sup>.

**Tiempo de composición:** según los estudiosos, este libro se habría escrito entre los años 80-90. Nuevamente aquí el criterio de Tradición es importante, ya que es citado por Padres y autores patrísticos muy antiguos, por tanto, es anterior a aquellos que lo citan. Sin embargo, otros estudiosos suponen que habría que fechar la composición del evangelio allá por el año 100.

**Lugar de composición:** parece ser que fue escrito en Éfeso, en Asia Menor (actual Turquía), la ciudad en que Juan residió junto con la Virgen María (dato de Tradición). Nuevamente los testimonios antiguos iluminan sobre esta cuestión tan difícil de precisar. Recordemos el papel tan importante de esta ciudad en los primeros años del cristianismo y en la historia de la Iglesia.

**Datos generales y esquema:** El evangelio de Juan tiene 21 capítulos y 879 versículos. Ha sido escrito originariamente en griego “koiné” y según los especialistas, es un griego literariamente muy pobre, con un manejo del idioma muy limitado y de poca capacidad descriptiva. Sin embargo, a pesar de todo esto, este evangelio posee una profundidad impresionante, que ha sobrecogido a generaciones enteras de cristianos e incluso causa la admiración de los no cristianos. Su hondura mística y contemplativa es notable, y todas estas riquezas se dan en un autor que no maneja bien el idioma y técnicamente tiene no pocas limitaciones.

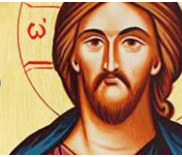
El centro del evangelio es, obviamente, la persona de Jesús. Se busca responder a la pregunta: ¿Quién es Jesús? Y la respuesta de Juan es: Jesús es el Hijo de Dios<sup>6</sup>, y precisamente por ello, es Dios al igual que el Padre. Como ningún otro evangelio, en Juan aparece destacada con mucha fuerza la divinidad de Jesús. Ahora bien, el acento contemplativo y místico de Juan no es impedimento para la precisión histórica de este evangelio. Los estudiosos gustan señalar en san Juan la presencia de un

---

<sup>5</sup> Ninguno de los evangelios canónicos trae el nombre de su autor, por ello se recurre a la Tradición y al análisis interno. En cambio, los llamados “evangelios apócrifos” (e.d. falsos) todos señalan a un apóstol como su autor, para hacerlos creíbles siendo que son obras de herejes.

<sup>6</sup> Juan 20, 30-31: “Jesús realizó en presencia de los discípulos otras muchas señales que no están escritas en este libro. Éstas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su Nombre”.

## ESCRITOS JOÁNICOS



doble plano en la descripción de sucesos o acontecimientos relativos a la vida de Jesús. Está en primer lugar la presentación del hecho objetivo, que podríamos llamar “histórico”, e.d. lo que ha sucedido realmente. Y de inmediato, Juan aplica la interpretación espiritual del hecho, para lo cual utiliza no pocas veces símbolos determinados. Haciendo un esquema, podríamos plantearlo así:

- + La descripción del hecho real, objetivo.
- + La interpretación espiritual del hecho (uso del símbolo).

Algunos autores (entre ellos el gran exegeta protestante Rudolph Bultmann) piensan que Juan transmite una visión espiritualista a través de un hecho inventado. Pero en realidad es al revés. En el hecho (real, histórico) encuentra Juan la comprensión espiritual comunicada por Jesús. Y eso es lo que le da a este evangelio un tono tan peculiar.

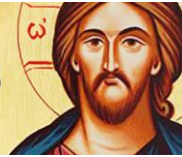
Otros detalles interesantes. A diferencia de los sinópticos, en el evangelio de Juan no hay parábolas. Por otra parte, a diferencia de los numerosos milagros indicados en Mt, Mc y Lc, en Juan sólo se narran siete milagros, llamados además “signos”<sup>7</sup>. Además, en el evangelio de Juan no aparecen los discursos sobre el Reino de Dios, como en los Sinópticos, ni tampoco los relatos de la infancia de Jesús, como en Mt y en Lc. Por el contrario, hay en el Evangelio de Juan expresiones y temas que son únicos. Así por ejemplo las expresiones: Palabra (logos), Vida, luz, Verdad, todos aplicados a Jesús, no tienen paralelo en los Sinópticos. Temas como “la hora” de Jesús” o “la Gloria” del Señor, son también únicos del cuarto evangelio.

Presentamos un esquema del evangelio. Son muchas las propuestas para esquematizar un libro tan complejo. Elegimos una de las más sencillas y que tiene buena aceptación entre los especialistas, aquélla que tiene como eje referencial la figura de Jesús como Revelador:

- + Prólogo (Jn 1, 1-18)
- I. La Revelación por los signos (Jn 1, 19-12, 50)
  - a. Testimonio del Bautista
  - b. Testimonio de los discípulos
  - c. Testimonio de Jesús: por sus palabras, milagros...
- II. La revelación por las obras de Jesús
  - a. Los discursos de despedida (Jn 13, 1- 17, 26)
  - b. La Pasión y muerte de Jesús (Jn 18, 1- 19, 42)

---

<sup>7</sup> Cfr. la explicación de la clase mediante el video. Convendría hacer una lista de los siete milagros/signos de Jesús en el evangelio de Juan.



## c. La Resurrección (Jn 20)

## Gran epílogo (Jn 21)

### **Temas teológicos fundamentales en el evangelio de Juan:**

A continuación, explicamos los aspectos en los que se enmarca la cristología del evangelio de Juan. La persona de Jesús, la respuesta del evangelista a la interrogante por el misterio del Señor, es ubicada en diversos y muy ricos referentes teológicos que dan a este escrito un “sabor” muy característico. Señalamos los siguientes: el prólogo del Evangelio, el testimonio de los discípulos de Juan Bautista, los milagros (“signos”) de Jesús, la fe, la vida (o vida eterna), la Verdad, y, finalmente, el Espíritu Santo.

### **1. El prólogo del Evangelio (Jn 1, 1-18)**

Juan inicia su evangelio con un himno al Logos (Palabra), de gran densidad teológica. Según los estudiosos, se trata de la contemplación de la Palabra de Dios, que desde toda la eternidad está junto a Dios y ella misma (la Palabra) es Dios. Juan comienza su evangelio “desde arriba” para darnos una enseñanza sobre Jesucristo, y por lógica consecuencia, una enseñanza sobre Dios a la luz de Jesús. Esto es lo grandioso de este prólogo: apoyándose en el Antiguo Testamento, va más allá del mismo para darnos una nueva imagen de Dios, a partir de Cristo.

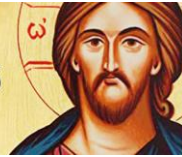
Las fuentes del prólogo son todas del Antiguo Testamento<sup>8</sup>. Juan se inspira en Gén 1, 1ss (Dios crea mediante su Palabra), y asume la figura de la Sabiduría, tal como aparece en Sab 7, 25ss, Pr 8, 22ss y Eclo 24, 1ss. A diferencia del Antiguo Testamento, donde la Palabra es Algo, en el evangelio la Palabra es Alguien. Es una Persona, que además, se hace presente en la historia humana haciéndose hombre. Es el gran misterio de la Encarnación, como veremos<sup>9</sup>.

### **Análisis exegético:**

---

<sup>8</sup> Se ha pretendido ver en el Logos joánico una aplicación de las filosofías griegas (platonismo, estoicismo, Heráclito), donde esta figura (el Logos) es preponderante. Sin embargo, aun cuando sea interesante sugerir tal presencia, no parece que tenga fundamento. Juan no es un filósofo, sin embargo, lo que enseña sobre el Logos trasciende cualquier filosofía.

<sup>9</sup> Seguimos las ideas expresadas por André Feuillet. *El prólogo del cuarto evangelio. Comentario exegético-pastoral*. Madrid; Paulinas 1971. Obra excelente muy recomendable para todo público.



**Jn 1, 1-5:** La expresión “En el principio...” hace referencia a Gén 1, 1. Este modo de hablar nos remite a Dios, y por ende, a la eternidad. Dios eternamente está junto a su Palabra, y ésta es Dios mismo. Hay que distinguir entre Dios y su Palabra, que también es Dios. Desde su particular perspectiva, Juan nos está introduciendo al misterio de la Trinidad. Dios, siendo uno, es pluralidad de personas. Dios no es un ente solitario. Es comunión personal, donde vemos la eterna relación entre Padre e Hijo-logos. Desde el principio se afirma la divinidad del Logos. No es algo de Dios (= un atributo). Es Dios mismo, como después proclamará la fe de la Iglesia: “Dios de Dios ...”.

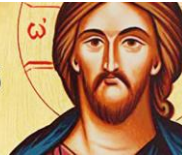
La Palabra (Logos) ha creado todo. Además de la enseñanza de Gén 1, 1ss, tenemos aquí lo que dice Pr 8, 22ss y Eclo 24, 1ss. Señala, pues, la dimensión cósmica del Logos, y a ello le añade el hecho de que la Palabra es luz que se opone a las tinieblas. Es el gran tema de Juan: ver a Cristo-logos como luz (Verdad, Bien) que se opone a las tinieblas (Mentira, mal). Se trata de una oposición moral, no metafísica.

**Jn 1, 6-13:** el prólogo habla de Juan el Bautista y aclara (contra algunos grupos) que él no era el Mesías. La misión del Bautista es dar testimonio de Jesús, preparar su venida y su misión. Ahora bien, el v. 9 señala que la Palabra está en relación con todos los hombres. Este es un tema importantísimo: todos los que están vinculados a la Verdad, que la aceptan, aunque sea de modo parcial, están bajo el influjo salvífico del Logos. Pero lo propio de la Palabra es que va a su casa, Israel, y allí es rechazado por los suyos. Es el drama de la salvación, que involucra a los judíos. Los vv. 12-13 describen la relación del Logos (Jesús-Palabra) con los que sí lo reciben, y ellos son los verdaderos hijos de Dios. Es digno de atención el v. 13, por la polémica que ha suscitado y cuya expresión final aún no se esclarece totalmente<sup>10</sup>.

**Jn 1, 14-18:** presenta el mensaje central del prólogo, que es la encarnación del a Palabra, en el extraordinario v. 14: “Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros ...”. Dios-Logos, el Hijo se hace hombre y viene a vivir nuestra historia. Destaca el hecho objetivo (histórico, diríamos) expresado por el testimonio de quienes lo vieron (“... hemos contemplado su gloria”). Jesús es el Verbo encarnado, cuya misión

---

<sup>10</sup> Todos los manuscritos del evangelio de Juan traen el v. 13 del prólogo diciendo: “Los cuales no nacieron .... Sino que nacieron de Dios” y se refiere a los hijos de Dios por la fe. Pero los Padres de la Iglesia, entre los ss. II-IV, leían este pasaje como: “La cual (= la Palabra) no nació de .... Sino que nació de Dios” y se refiere al Logos, e.d. a Cristo. Es un problema de crítica textual, cuya complejidad impide que nos ocupemos extensamente del tema. Cfr. Ignace de la Potterie. *María en el misterio de la Alianza*. Madrid; B.A.C. 1993, pp. 128-158.



es revelar a Dios<sup>11</sup>, y lo da a conocer mostrándose a sí mismo, a través de su “Gloria” (otro gran tema joánico). El v. 18 expresa muy bien la razón de ser de Cristo, la Palabra que se hace hombre: “A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único que está en el seno del Padre, él lo ha contado”. De esta manera, al menos tres grandes temas están presentes en el prólogo, a saber: la Palabra que es Dios, la Palabra que se hace hombre (= Jesús) y Jesús que es la Palabra encarnada, cuya tarea es revelar a Dios y así, dándonos a conocer quién es Dios, salvarnos y llevarnos a la comunión plena.

### **2. El testimonio de los discípulos y del Bautista (Jn 1, 19-3, 36)**

Se trata de un tema muy importante. El evangelio de Juan presenta los testimonios de los discípulos, luego el del Bautista y finalmente el del mismo Jesús. Todos buscan responder a la pregunta: ¿Quién es Jesús? Pero cada uno lo hace desde sus propias perspectivas y circunstancias.

Cuenta el evangelista que cuando el Bautista ve pasar a Jesús, lo señala y dice: “He ahí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (1, 29). Dos discípulos del Bautista siguen a Jesús, y después de una experiencia de comunión y cercanía con él, llegan a saber quién es Jesús y así lo enuncian. Jesús es el Mesías (Jn 1, 41), es decir, el Salvador prometido a Israel y anunciado en las Escrituras. Pero también es el Hijo de Dios (1, 49) aunque tal vez no lleguen a captar en este momento el significado pleno de esta expresión.

El testimonio del Bautista sobre Jesús va en la misma línea que el de los discípulos. Como habíamos indicado, llama a Jesús “Cordero de Dios”<sup>12</sup>, y con ello presenta la dimensión sacrificial de la persona del Señor. La alusión es al cordero que se comía en la cena pascual judía, elemento central de la celebración, vista como paso de la esclavitud a la libertad. Por su sacrificio, Jesús borraré los pecados, ya no sólo de Israel, sino de todo el mundo. Pero también el Bautista presenta a Jesús como “Novio” o “esposo”, lo que supone una gran novedad (ver Jn 3, 29). La referencia aquí no es a ningún estado civil, sino al Antiguo Testamento, donde la Alianza es presentada como matrimonio (o también noviazgo) entre Dios e Israel, por ello la expresión es de gran alcance. Dentro de la intención

---

<sup>11</sup> Como veremos más adelante, el tema de la revelación es centralísimo, y estructura el evangelio. Cfr. el esquema planteado más arriba. Desde esta perspectiva de revelación es como hay que interpretar la expresión “gracia y verdad” de los vv. 14, 16 y 17, según la autorizada opinión del p. Ignace de la Potterie.

<sup>12</sup> El tema del cordero está muy presente en la teología de San Juan. Como veremos más adelante, Jesús muere a la hora en que eran sacrificados los corderos que iban a ser comidos en la celebración de la Pascua, y en el libro del apocalipsis, la presentación de Jesús es precisamente bajo esta figura, cfr. Ap 5, 1ss.



clarificadora y apologética del evangelista<sup>13</sup>, Juan Bautista dice que Jesús es el Mesías y también el Hijo de Dios. Notemos que el testimonio del Bautista es muy parecido al de los discípulos, y también es posible que el Bautista no haya llegado a captar en toda su plenitud el significado de la expresión que le atribuye a Jesús.

Tanto los discípulos como el Bautista muestran con sus palabras la identidad de Jesús, una identidad que poco a poco se va haciendo más clara. Sin embargo, lo definitivo es el testimonio que Jesús da acerca de sí mismo, sea con sus palabras, sea con sus hechos. Es lo que vamos a estudiar a continuación.

### 3. Los milagros (signos) de Jesús:

Jesús da testimonio de sí mismo mediante sus milagros. Ellos dan a conocer quién es él, de una manera incomparable. En el evangelio de Juan, los milagros son denominados “signos” (en griego, σημειον), a diferencia de los Sinópticos donde se utiliza otra expresión (gr. δυνάμεις). La expresión usada por los Sinópticos resalta más el hecho externo, sensacional y que impresiona a todos (por eso se traduce la expresión como “prodigio”), mientras que la palabra “signo” pone el acento en el significado espiritual del hecho, sin negar el carácter portentoso del suceso<sup>14</sup>.

8

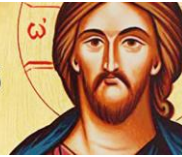
En el evangelio de Juan se relatan siete signos (milagros), a saber: la conversión del agua en vino en Caná; la curación del hijo del funcionario real; la curación del tullido en la piscina de Betsaida; la multiplicación de los panes; la caminata de Jesús sobre las aguas; la curación del ciego de nacimiento y, finalmente, la resurrección de Lázaro. El número siete no es casual. Es el símbolo de la omnipotencia divina, y así el evangelista indica que Jesús es Dios que actúa con poder, y en ese sentido las acciones milagrosas de Jesús tienen todo un contenido de revelación.

Algunos ejemplos de esta dimensión reveladora de los “signos” de Jesús: las bodas de Caná (Jn 2, 1-11) muestra la realización de la Alianza en Jesús, así como la concreción de dicha Alianza en la Eucaristía. La

---

<sup>13</sup> Recordemos que el evangelio pone un acento especial en señalar que el Bautista no era el Mesías, cfr. Jn 1, 6ss y este último lo dice claramente, cuando le preguntan si era el Cristo, Responde “no”, y se identifica como la voz del que clama en el desierto, citando a Isaías y atribuyéndose la misión de precursor del Salvador.

<sup>14</sup> Signo y milagro se distinguen, pero no se oponen. Brevemente, se puede decir que todo milagro es signo, pero no todo signo es milagro. Así, en Mt 11, 5ss Jesús dice a los discípulos del Bautista que le cuenten a Juan lo que han visto: Jesús da vista a los ciegos, cura a los leprosos y resucita a los muertos (= milagros) y es anunciada la Buena Nueva a los pobres (= signo). Anunciar a los pobres la Buena Nueva no es un milagro, pero es signo definitivo de que Jesús es el Mesías, porque se cumple lo dicho en Is 61, 1ss. Para Juan, los signos que señala son, sin duda alguna, milagros.



multiplicación de los panes (Jn 6, 1ss) y la consiguiente explicación del Señor, dan a conocer la realidad propia de la Eucaristía, sacramento de la carne y sangre del Señor y alimento que da la vida eterna. La curación del ciego de nacimiento (Jn 9, 1ss) refleja en el milagro lo que Jesús había dicho de sí mismo no pocas veces, a saber, que él es la luz del mundo, y constituye un grandioso testimonio sobre su divinidad. La resurrección de Lázaro (Jn 11, 1ss) es el anticipo de la propia resurrección del Señor, y muestra el poder de Jesús sobre la muerte, como en otros casos de resurrección narrados por los Sinópticos<sup>15</sup>.

La elección del término “signo” por el evangelista se debe, como decíamos, al acento que pone en la dimensión espiritual del acontecimiento obrado por Jesús, vale decir, a la fe. Pero la fe (y lo espiritual) no se opone a lo acontecido, es decir, a la historia. Es muy importante mantener el correcto equilibrio entre fe e historia, tomando en cuenta la trascendencia de la fe (gran tema del evangelio de Juan) pero sin negar lo histórico, lo que equivaldría a relativizar la encarnación.

#### 4. Creer en Jesús: la fe

Como decíamos, la fe es un aspecto de mucha relevancia en nuestro evangelio. La fe es la respuesta del ser humano ante Jesús, ante su palabra y sus obras, en definitiva, ante su persona. Supone la entrega total de sí mismo a Jesús, por ende, aceptarlo, acogerlo y amarlo.

Juan sabe que la fe es don de Dios, pero le gusta poner el acento en la respuesta humana. Creer es necesario para salvarse, porque así aceptamos a Dios y a Jesús su Hijo, y lo que han hecho por nosotros: “Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca” (Jn 3, 16).

La fe es un acto eminentemente personal. Compromete a todo el ser humano en la acogida al Señor. Las palabras de Jesús, y sobre todo, sus signos, mueven a la fe. Pero la fe es, antes que nada, don de Dios: “Nadie puede venir a mí, si el Padre, que me ha enviado, no lo atrae” (Jn 6, 44). El contenido de la fe<sup>16</sup> es Jesús mismo en cuanto Mesías e Hijo de Dios, razón de ser de todo el Evangelio<sup>17</sup>, y podemos afirmar que este proceso de ir reconociendo a Jesús hasta la proclamación de la fe es el camino que distingue al cristiano. Así por ejemplo en el diálogo de Jesús con la mujer samaritana, o también en la narración de la curación del ciego de

<sup>15</sup> Como son la resurrección de la hija de Jairo (Mc 5, 21-43) y la resurrección del hijo de la viuda de Naím (Lc 7, 11ss).

<sup>16</sup> Es decir, aquello en lo que creemos.

<sup>17</sup> “Estas (cosas) han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre” (Jn 20, 21).



nacimiento. En ambos casos, se da el paso del conocimiento de un simple hombre al reconocimiento de un profeta, y luego al reconocimiento de que es el Mesías ...y el Hijo de Dios. Es lo mismo que todo cristiano debe realizar, a lo que lo guía su fe.

De lo que se trata, según san Juan, es de creer que JESÚS ES DIOS, y aquí radica lo novedoso de la fe cristiana<sup>18</sup>. No basta con la mera confianza en Jesús, como si fuera un amigo más, tal vez el mejor o el más grande. Tampoco es suficiente con aceptarlo como el que trae la salvación, aunque las dos realidades mencionadas sean ciertas. Jesús es Dios, por tanto, se le acoge y acepta de una manera absolutamente única. Por eso, en el evangelio Jesús se presenta reclamando para su persona una fe que corresponde a Dios: “No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí” (Jn 14, 1). En el fondo, es el reconocimiento de Jesús como Dios lo que lleva al apóstol Tomás a proclamar ante Jesús resucitado: “Señor mío y Dios mío” (Jn 20, 28).

### 5. La vida/vida eterna

La expresión ZOÉ (gr. ζωη) o ZOÉ AIONION (gr. ζωη αιωνιον) significa vida, o vida eterna (en el segundo caso). Se refiere propiamente a la vida sobrenatural, esto es, a lo que Dios vive y en cierto modo es. Desde esta perspectiva, se diferencia de la vida natural, expresada con el término BÍOS (gr. βιος). Este término (zoé) es típico de San Juan, y prácticamente ignorado de los Sinópticos. Constituye, pues, como una especie de sello de identidad joánica.

La vida/vida eterna designa, además, la gracia de Dios que es participada al ser humano y que lo diviniza, nos hace como Dios<sup>19</sup>. Para San Juan, la vida está en Cristo-Palabra (Jn 1, 4), y se identifica con él, a tal punto que el Señor puede decir: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14, 6). La vida/vida eterna es comunicada a los hombres mediante la fe –otro aspecto importantísimo para San Juan- y también mediante las palabras de Jesús, según aquello mencionado por Pedro: “Señor, ¿Dónde quién vamos a ir? Sólo tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6, 68). Pero de manera muy especial, la vida/vida eterna es comunicada mediante la humanidad de Jesús, o, dicho al modo semítico, mediante su carne y su

<sup>18</sup> En su libro *La esencia del cristianismo*, Romano Guardini compara a Jesús con Moisés, Buda y Mahoma, los tres grandes fundadores de religiones. Resulta sintomático que ninguno de ellos pida a sus seguidores que tengan fe en él, como si lo hace Jesús. Esto demuestra la novedad y lo único e incomparable de la persona de Jesús respecto de otros.

<sup>19</sup> Cfr. Charles Baumgartner. *La gracia de Cristo*. Barcelona; Herder 1982, pp. 56-61; Henri Rondet. *La gracia de Cristo*. Barcelona; Estela 1965, pp. 35ss. Hay abundante bibliografía sobre el tema.



sangre: “En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida (= zoé) en vosotros” (Jn 6, 53). Es clarísima la referencia a la eucaristía.

Notemos la gran importancia de esta cuestión para la vida cristiana. Jesús, respecto de nosotros, no es solamente un buen ejemplo a ser imitado. Su relación con nosotros no es únicamente exterior. Él nos da un principio interior transformante, la “vida” (zoé) que nos permite vivir como vive Dios, amar como ama Dios, y en última instancia, hacer lo que Dios hace. Nuestra existencia no se queda ni se agota en lo puramente terreno. Somos invitados a una existencia sobrenatural, y ello como un don de Dios que nos viene por Jesús. Al mismo tiempo, esta “vida/vida eterna” (= zoé) nos une con Jesús, permite que vivamos una comunión que se dirige hasta la identificación con él, en lo posible. Todos los sacramentos nos transmiten esta vida, pero de modo muy especial, la eucaristía, según lo señalamos.

### 6. La Verdad

Es otro de los grandes temas de la teología el autor del cuarto evangelio. Posiblemente, ningún otro autor neotestamentario pone tanto énfasis en esta cuestión. Ahora bien, la presentación de la verdad en San Juan presenta una serie de características muy peculiares.

11

“Verdad” (gr. αληθεια) para san Juan, se refiere no tanto a un conocimiento teórico, o a una doctrina (sin excluir necesariamente esos aspectos). Para el cuarto evangelio, “verdad” es en primer lugar la revelación, es decir, lo que Dios nos ha comunicado. Es lo que debe entenderse cuando en el prólogo se habla de la “gracia y verdad”, que, según la autorizada opinión del p. Ignace de la Potterie, debe entenderse como: “la gracia de la verdad”, es decir, la Revelación<sup>20</sup>. Y se entiende que lo que Dios nos dice sobre sí, sobre el mundo y sobre el hombre (= sobre todas las cosas) es cierto en plenitud. De donde se sigue que todo lo que niega a Dios y lo que él nos dice es mentira. Un aspecto característico de este evangelio es la contraposición entre verdad y mentira<sup>21</sup>. La verdad es de Dios; la mentira es del Diablo. Así, vivir la verdad, estar en la verdad, significa estar unido a Dios, ser “de los suyos”.

Como decíamos, la verdad, para el evangelio de Juan, no es mero contenido teórico. La verdad es una persona concreta, es Jesucristo, de allí que pueda decir el mismo Señor: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14, 6). Vivir la verdad es vivir en y con Jesús, y esto nos permite

<sup>20</sup> Puede verse el artículo “χαρις paulina y χαρις joanea”. En: *La verdad de Jesús. Estudios de cristología joanea*. Madrid; B.A.C. 1978, pp. 243-268.

<sup>21</sup> Como también entre luz y tinieblas (Jn 1, 5; 8, 12 passim); vida y muerte (Jn 5, 24; 6, 48-51), etc.



una libertad incomparable. De allí que Jesús pueda decir: “Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres” (Jn 8, 31-32).

Desde este enfoque, es como hay que entender el diálogo entre Jesús y Pilato. Cuando el Señor dice que ha venido al mundo para dar testimonio de la verdad, y que todo el que es de la verdad escucha su voz (Jn 18, 37), Pilato le replica: “¿Qué es la verdad?” (Jn 18, 38), vemos que Jesús está hablando de Dios como la Verdad, y de eso da testimonio, siendo que él mismo (= Jesús) es Dios, por eso lo escucha quien acoge a Dios. Pilato, que no tiene fe, escépticamente pregunta por esa verdad (= Dios) para él totalmente ajena, aunque sabe perfectamente que Jesús es inocente y no tiene delito alguno<sup>22</sup>.

Otro elemento importante es el hecho de que, para san Juan, la verdad no solamente se conoce. La verdad se obra. El pasaje decisivo es Jn 3, 20-21: “Pues todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz, para que no sean censuradas sus obras. Pero el que obra la verdad va a la luz, para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según Dios”. Obrar la verdad significa actuar moralmente bien, cumpliendo lo que Dios pide, y por tanto, haciendo suya la revelación y aplicándola a la vida concreta<sup>23</sup>.

12

### 7. El Espíritu Santo

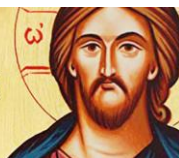
Señalamos un último gran tema del evangelio de Juan, cual es la presencia y acción el Espíritu Santo. A diferencia de los Sinópticos, en este evangelio encontramos una pneumatología muy desarrollada, lo que hace de Juan un caso único y llamativo.

El Espíritu Santo es el poder de Dios, imperceptible, pero eficaz. Jesús dice que es gracias al Espíritu que podemos nacer de nuevo, o también “nacer de lo alto” (Jn 3, 5ss). El Espíritu Santo nos da la vida/vida eterna, según lo estudiado en el tema número 5: “...De su seno correrán ríos de agua viva. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu Santo” (Jn7, 37ss). Por tanto, es gracias al Espíritu Santo que participamos de la vida de Dios, o mejor, por el Espíritu la vida de Dios está en nosotros.

---

<sup>22</sup> Los medievales hacían la siguiente “composición” apelando al latín. La pregunta de Pilato en latín es: “Quid est veritas?”. Si movemos las letras de dicha pregunta, tenemos la frase (también en latín) “Vir qui adest”. En castellano: ¿Qué es la verdad? Respuesta: El hombre que está ante ti. Este juego idiomático en el fondo quiere decir lo que Juan enseña: que Jesús es la Verdad.

<sup>23</sup> Nada más lejos de la intención de Juan alguna referencia a cierta praxis de tipo político, o a que la verdad “se hace” (= es creada y surge) del obrar, como dicen ciertas interpretaciones.



A diferencia del Antiguo Testamento, en el evangelio de Juan vemos que el Espíritu Santo es presentado como una persona. ES una Persona, mientras que para el Antiguo Testamento era un atributo de Dios, un poder o una fuerza (atributo, poder y fuerza son algo, no alguien). ¿Cómo sabemos que el Espíritu Santo para san Juan es una persona? Porque aparece haciendo cosas que sólo hacen las personas. “Cuando venga él, el Espíritu de la Verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir...” (Jn 16, 13). Sólo las personas hablan y anuncian. Si el Espíritu Santo lo hace, es porque es persona.

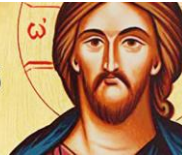
El Espíritu Santo es infundido sobre toda la humanidad en el momento de la muerte de Cristo en la cruz. De manera muy delicada, aludiendo, el cuarto evangelista describe la muerte de Jesús diciendo que el Señor crucificado, inclinando la cabeza, “entregó el espíritu” (Jn 19, 30) que no sólo es el morir humano del Hijo de Dios, sino también la entrega del Paráclito. Pero con mayor claridad, la efusión del Espíritu aparece con el agua que brota del costado de Cristo muerto y lanceado por el centurión (Jn 19, 34-35). Ya sabemos que la expresión “de su seno brotarán ríos de agua viva” (Jn 7, 37ss) se refiere al Espíritu Santo, como lo precisa el mismo evangelista. Pues bien, cuando la lanza del soldado romano atraviesa el costado de Cristo muerto en la cruz, brota sangre y agua. Es decir, allí es derramado el Espíritu para todos los hombres, para que vivan la comunión de amor con Dios que plenifica<sup>24</sup>.

Para San Juan, ¿el Espíritu Santo es Dios? Es verdad que no lo dice expresamente, pero lo da a entender de diversas maneras. En primer lugar, el Espíritu Santo nos da la vida eterna: “El Espíritu es el que da vida, la carne no sirve para nada” (Jn 6, 63). Ahora bien, dar la vida eterna es algo que sólo Dios puede hacer. Luego, el Espíritu Santo es Dios. En segundo lugar, el Espíritu Santo está junto al Padre, al igual que el Hijo. “Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la Verdad que procede del Padre, el dará testimonio de mí” (Jn 15, 26). Si el Hijo que está junto al Padre es Dios, es lógico pensar que el Espíritu que también está junto al Padre, es Dios. En resumen: en Juan hay una conciencia implícita, pero real, de la divinidad del Espíritu Santo. Y es de allí de donde la Iglesia, leyendo el cuarto evangelio y meditándolo permanentemente, ha alcanzado la conciencia explícita de la divinidad del Espíritu.

Con la enseñanza del evangelio joaneo sobre el Espíritu Santo, queda completada la verdad que Jesús revela acerca de Dios. Con el Antiguo

---

<sup>24</sup> Es también en este sentido que debemos interpretar el diálogo de Jesús con la samaritana (cfr. Jn 4, 1ss). Cuando Jesús le ofrece el agua viva para que no tenga más sed, se está refiriendo, ciertamente al Espíritu Santo.



Testamento, Juan afirma que Dios es uno y nada más que uno. Pero al mismo tiempo, Jesús nos dice que Dios es Padre, que él mismo (Jesús) es Dios y que el Espíritu Santo es también Dios. ¿Tres dioses? No. Se trata de un solo y único Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Es el sublime misterio de la Santísima Trinidad que Juan testimonia, no sólo en su evangelio, sino también en sus otros escritos.

### **Cristología del evangelio según san Juan**

Ya estamos ubicados para entrar al estudio de la cristología del cuarto evangelio. Los grandes temas hasta aquí señalados nos ponen en condiciones de responder a la pregunta: ¿Quién es Jesús? Recordemos que de la respuesta a esta pregunta nace la cristología como tal, con las características peculiares que cada autor sabe darle.

En su evangelio, Juan profundiza en la identidad de Jesús a partir de ciertos títulos o expresiones que utiliza el Señor, y que van dibujando una imagen muy profunda sobre Jesús. Es de notar que las palabras (o títulos) que vamos a estudiar son dichas por Jesús mismo, lo que expresa su conciencia acerca de sí mismo. Quiere decir que al llamarse de un modo, o utilizar determinadas palabras, Jesús nos está dando a conocer lo que sabe de sí mismo, lo que piensa sobre su propia persona, y por lo mismo, está revelando su misterio. Esta precisión es importante para valorar en su real dimensión la enseñanza del Señor acerca de su realidad personal.

Analizaremos las siguientes expresiones: A. Hijo/Hijo de Dios. B. El Hijo del Hombre. C. “Yo soy”. D. El Buen Pastor.

#### **A. Hijo/Hijo de Dios.**

El evangelista llama de este modo a Jesús (cfr. Jn 1, 14. 18). Pero Jesús también se denomina a sí mismo de esta manera, como en Jn 3, 17; 5, 19-23 y especialmente en el v. 25: “En verdad, en verdad os digo: llega la hora (ya estamos en ella) en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios ...”. Son unos pocos ejemplos de los muchos que podrían citarse.

Hijo (en gr. υἱός) o Hijo de Dios (gr, υἱός του Θεού) indica que Jesús es hijo de Dios no en sentido figurado (como Israel, p. ej. Dt 32, 6; Os 11, 1) o en sentido adoptivo (como el rey o el Mesías del Antiguo Testamento, cfr. 2 Sam 7, 14; Sal 2, 7) sino en sentido real, así como un niño pequeño es hijo de aquel que lo ha engendrado. Es hijo según la naturaleza, no según la metáfora ni según la ley.



Evidentemente, esto supone una revolución en la concepción religiosa de ese tiempo. Porque si Jesús es hijo de Dios en sentido real (de verdad) entonces ... ¡es Dios! Aplicando la analogía, vemos como entre un padre humano y su hijo (engendrado por él) hay una doble relación: por una parte, GENERACIÓN, e.d. el papá ha engendrado al hijo, y éste ha sido engendrado por su progenitor. Y por otro lado, IGUALDAD DE NATURALEZA: si el papá posee la naturaleza humana, el hijo también la poseerá. Aplicado a Dios Padre y Jesús, éste último, por ser hijo de Dios posee, además de la naturaleza humana, la naturaleza divina... ¡y es Dios!

Jesús, siendo hombre<sup>25</sup>, es también Dios. No se trata de un título metafórico, ni tampoco un símbolo de algo más profundo. Es Dios “de verdad” porque es Hijo del Padre, y esto es algo que los judíos no podían soportar y consideraban blasfemo. “Por eso los judíos trataban con mayor empeño de matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios” (Jn 5, 18). Ahora podemos comprender lo que los judíos le dicen a Pilato cuando éste les hace ver la inocencia de Jesús: “Nosotros tenemos una Ley, y según esa ley debe morir, porque se tiene por Hijo de Dios” (Jn 19, 7). Para los judíos, un hombre no es Dios. Ningún hombre puede atribuirse esa condición, pero el caso es que Jesús, siendo hombre, sí lo es, porque es en verdad Hijo. Eso es lo que nosotros, cristianos católicos, creemos.

15

Tengamos en cuenta que Jesús distingue su “ser-Hijo” (= filiación) de nuestro “ser-hijos”. Jesús es Hijo de Dios por naturaleza, nosotros somos hijos de Dios por adopción. Y esto se ve claramente en las palabras de Jesús Resucitado a María Magdalena: “Pero vete donde mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios” (Jn 20, 17). Por tanto, “Hijo” o “Hijo de Dios” expresa el misterio más hondo de Jesús, su divinidad, al mismo tiempo que su relación especialísima con Dios Padre, y también la razón por la que ha venido al mundo: para que nosotros llegáramos a ser hijos de Dios (cfr. Jn 1, 12).

### **B. El Hijo del Hombre**

Esta expresión está tomada de Dan 7, 1ss (sobre todo Dan 7, 13)<sup>26</sup> y también de Ez 2, 1ss, y es muy frecuente en este último profeta. Parece que quiere indicar simplemente “Hombre”, es decir, un modo de indicar

---

<sup>25</sup> Igual en todo a nosotros, menos en el pecado, como dirá la Carta a los Hebreos, cfr. Hbr 4, 15.

<sup>26</sup> Aunque en este libro, el modo exacto con el que se designa al misterioso personaje no es el de “Hijo del Hombre”, sino “uno como un Hijo de Hombre”. Esto tiene su importancia, como veremos a continuación.



a un ser humano (así llama Dios a Ezequiel). Es la manera cómo Jesús se designa a sí mismo, y en los Evangelios es muy frecuente: aparece 30 veces en Mateo, 14 veces en Marcos, 25 veces en Lucas y 13 veces en el evangelio de San Juan. Pero todas las veces que surge esta expresión, está SIEMPRE en boca de Jesús, nunca en boca de sus discípulos o de alguna otra persona<sup>27</sup>. Por lo demás, la primera generación cristiana (Pablo, Pedro, las así llamadas Cartas Católicas) nunca ha desarrollado una teología del “Hijo del Hombre” como sí lo ha hecho con las expresiones “Hijo” o “Señor”.

Todas estas constataciones han llevado a pensar que la expresión “Hijo del Hombre” era usada por Jesús mismo, proviene de la misma boca del Señor, y, en la autorizada opinión del gran exegeta protestante Joachim Jeremias, se trataría de una de las “ipsisima verba Iesu”<sup>28</sup>. Por tanto, conocer el sentido que Jesús le daba a este modo de designarse a sí mismo es importante para responder a la pregunta por el Señor y su identidad. Y eso es lo que buscaremos a continuación, siempre llevados de la mano por Juan el evangelista.

“Hijo del Hombre” significa, en primer lugar, que Jesús es hombre verdadero, real, a diferencia de lo indicado en Dan 7, 13 donde se habla de “uno como Hijo del Hombre”<sup>29</sup>. Sin embargo, siendo hombre verdadero, su origen es divino, como el mismo Jesús lo recuerda: “Nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del Hombre” (Jn 3, 13). “¿Y cuando veáis al Hijo del Hombre subir a donde estaba antes?” (Jn 6, 62).

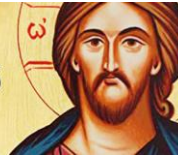
En segundo lugar, “Hijo del Hombre” señala el poder de juzgar que Jesús posee. “Como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo, y le ha dado poder para juzgar, porque es Hijo del Hombre” (Jn 5, 26-27). Y esto significa que Jesús es Dios. ¡Sólo Dios puede juzgar! Por tanto, la expresión está indicando la divinidad de Jesús.

En tercer lugar, el Hijo del Hombre da la vida eterna, y lo hace a través de su humanidad, o como se dice al modo semítico, a través de su carne y de su sangre: “En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros” (Jn

<sup>27</sup> Dos excepciones podrían ser Hch 7, 56, cuando Esteban, antes de ser apedreado, dice: “Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre de pie a la derecha de Dios”. Pero en realidad lo único que hace es repetir lo que Jesús ya había dicho, cfr. Mt 26, 64. La otra (posible) excepción sería Ap 1, 13, que más bien parece repetir Dan 7, 13, con algunos añadidos.

<sup>28</sup> Cfr. el libro *Teología del Nuevo Testamento. I. La predicación de Jesús*. Salamanca; Sígueme 1974, donde desarrolla convincentemente esta propuesta.

<sup>29</sup> Por tanto, pareciera que el sentido está más cercano a lo que dice el profeta Ezequiel, según vimos en Ez 2, 1ss y passim.



6, 53)<sup>30</sup>. Y esto significa que Jesús es Dios, porque el único que puede dar vida/vida eterna, es Dios. Nadie más. Nuevamente la expresión “Hijo del hombre” es indicadora de la divinidad de Jesús.

Tenemos entonces que “Hijo del Hombre” señala que Jesús es hombre y Dios. Da a conocer la conciencia que el Señor tenía de su divinidad, y que nos entrega la salvación (= vida/vida eterna) mediante su realidad humana. Todo esto no es una creación de la Iglesia, viene del mismo Jesús, a quien, precisamente por todo esto que encontramos en la Escritura y en el evangelio de Juan, la fe proclamará como “verdadero Dios y verdadero hombre”.

### C: “Yo soy”

Es una expresión típica del Evangelio de Juan, es una manera como Jesús se designa a sí mismo, de un modo estereotipado, como si fuera su nombre. Bajo esta forma, no aparece en los Sinópticos, más allá de las formas coloquiales de diálogo o presentación. En el griego bíblico, “Yo soy” aparece como *Εγώ ειμι*, ciertamente una denominación misteriosa que acentúa lo peculiar de Jesús, su “misterio”.

El origen de esta expresión es Ex 3, 14, la célebre escena en la que Dios revela su nombre a Moisés, en el Sinaí: “Yo soy el que soy. Así dirás a los israelitas: “Yo soy” me envía a vosotros”. Por tanto, Jesús se apropia del nombre de Dios, lo hace suyo. Y de esa manera nos está diciendo que es Dios, cosa que afirma desde otros ángulos, como acabamos de constatar.

Mediante su “Yo soy” Jesús se presenta como el centro de la fe, y con ello resalta su condición divina. “Ya os he dicho que moriréis en vuestros pecados, porque si no creéis que Yo soy, moriréis en vuestros pecados” (Jn 8, 24). Creer en el “Yo soy” de Jesús es reconocerlo como Dios, porque sólo en Dios se cree para salvarse y evitar así la condenación.

Pero la expresión “Yo soy” en boca de Jesús manifiesta (= revela) su preexistencia, es decir, una existencia previa a su vida humana. “Entonces los judíos le dijeron: ¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abraham? Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo: Antes de que Abraham existiera, Yo soy” (Jn 8, 58)<sup>31</sup>. Nuevamente encontramos

<sup>30</sup> Es clarísima la dimensión eucarística de este pasaje.

<sup>31</sup> Nótese que Jesús no dice: “Antes que Abraham existiera, yo existía” sino: “Antes que Abraham existiera, Yo soy”. Es decir, se remite a la realidad de Dios mismo indicada por el Nombre revelado en Ex 3, 14.



aquí la afirmación de la divinidad de Jesús. Sólo Dios es preexistente, porque es eterno<sup>32</sup>. Jesús es eterno, luego es Dios.

Así pues, el misterio de Jesús radica en su ser-Dios, y esa es la fe que nosotros, como cristianos y católicos, profesamos y proclamamos. Ese es también el drama de los judíos, que no aceptan esto que nosotros creemos, y por eso es tan real aquello que dice el Prólogo: “Vino a su casa y los suyos no lo recibieron” (Jn 1, 11).

### D. El Buen Pastor

Denominar a Jesús como Buen Pastor es algo típico de San Juan<sup>33</sup>, que le dedica todo un capítulo (Jn 10), a diferencia de los Sinópticos, donde esta realidad sólo es aludida.

El origen de esta denominación está en el Antiguo Testamento, concretamente en Sal 80 (79), 1ss: “Pastor de Israel, escucha, tú que guías a José como a un rebaño...”. Pero sobre todo se basa en Ez 34, donde junto a la diatriba de Dios contra los pastores de Israel (los reyes, y en general quienes detentan la autoridad política y religiosa), aparece la promesa de que Dios mismo será el que pastoree a su pueblo: “Yo mismo apacentaré mis ovejas y yo las llevaré a reposar, oráculo del Señor Yahvéh. Buscaré la oveja perdida, tornaré a la descarriada, curaré a la herida, confortaré a la enferma...” (Ez 34, 15-16). Por lo tanto, encontramos una doble significación: el Pastor de Israel es el Mesías (en cuanto descendiente de David y, además, rey) y también es Dios mismo, por la promesa futura.

En el evangelio, todo lo que Jesús dice de sí mismo como Buen Pastor está contenido en Jn 10, 11-18, referencia que recomendamos leer detenidamente. Nombrándose a sí mismo como Buen Pastor, Jesús nos está diciendo que es el Mesías, esto es, el Salvador elegido y enviado por Dios para redimir a su pueblo (= rebaño). Pero en la formulación de Jesús hay dos datos que conviene resaltar.

En primer lugar, tenemos la relación íntima y personal que el Señor pone de relieve en el trato con las ovejas. “Yo soy el buen Pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen a mí, como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre y doy mi vida por las ovejas” (Jn 10, 14-15). El conocimiento

---

<sup>32</sup> Es la misma idea que encontramos en el prólogo del evangelio (Jn 1, 1-18). La Palabra es eterna, porque siempre estaba con Dios, por tanto, la Palabra es Dios. Vemos que hay diversas formas de decir lo mismo: Jesús (Hijo, Palabra, Hijo del Hombre, Yo Soy) es Dios.

<sup>33</sup> Un excelente análisis en Ignace de la Potterie. “El Buen Pastor”. En: *La verdad de Jesús. Estudios de cristología joanea*. Madrid; B.A.C. 1978, pp. 54-88.



y la entrega de Jesús por sus ovejas habla del amor que tiene por los suyos, que hará patente en los discursos de despedida (cfr. Jn 13-17). En segundo lugar, hay una dimensión sacrificial en la manera de presentarse de Jesús como buen Pastor: “El buen Pastor da su vida por las ovejas” (Jn 10, 11). Con esto, está enseñando una dimensión novedosa de su mesianidad. En efecto, para el Antiguo Testamento, el Mesías, en cuanto descendiente de David, sería un rey victorioso, un caudillo militar que saldría triunfante de la lucha contra los enemigos. Aquí, en cambio, Jesús se presenta como un Mesías que salva entregando su vida, muriendo por su rebaño. Jesús-Buen Pastor es el Mesías que salva por el amor que sabe sacrificarse.

Pero además, al aplicarse el título de Buen Pastor, Jesús está dando a conocer que es Dios. Siguiendo la línea marcada por el profeta Ezequiel, anuncia que se ha cumplido la profecía de Dios que pastoreará a su rebaño, cosa por lo demás anunciada ya en otros lugares veterotestamentarios<sup>34</sup>. De lo que podemos concluir que no hay título o expresión empleada por Jesús en el evangelio de Juan que no aluda (más o menos directamente) a su divinidad. Lo que calza perfectamente con todo lo dicho acerca de la fe. Si Jesús pide que se crea en él (es decir, que se tenga fe en él) es sencillamente porque es Dios. No podría reclamar la fe si no fuera Dios. A nosotros, hoy día, aquí y ahora, el Jesús del evangelio de Juan nos mira a los ojos y nos pregunta –como hizo una vez con Marta, la hermana de Lázaro–: “¿Crees esto?” (Jn 11, 26).

### **Pasión y muerte de Jesús**

No quedaría completa una revisión de la cristología del evangelio de Juan si no se tratase, aunque sea sucintamente, de dos temas nucleares: la pasión y muerte de Jesús, por una parte, y la resurrección el Señor por otra. Culminamos esta parte de nuestro estudio ocupándonos de estos importantísimos sucesos.

Sobre la Pasión y Muerte de Jesús se ha escrito muchísimo, y remitiéndonos a la bibliografía existente<sup>35</sup>, resaltamos algunas líneas propias de este evangelio. Recordemos que los hechos están narrados en

---

<sup>34</sup> El más conocido es el Salmo 23 (22), 1ss: “Yahvéh es mi pastor, nada me falta...”. Pero es un tema presente a lo largo de todo el Antiguo Testamento.

<sup>35</sup> Recomendamos especialmente tres magníficas obras: Ignace de la Potterie. *La Pasión de Jesús según san Juan. Texto y espíritu*. Madrid; B.A.C. 2007 (lo mejor de lo mejor); Pierre Benoit O.P. *Pasión y Resurrección del Señor*. Madrid; FAX 1971; Joseph Ratzinger/Benedicto XVI. *Jesús de Nazaret. II. Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. Madrid; Encuentro 2011.



los capítulos 18 y 19 del evangelio, y encontramos allí las siguientes enseñanzas teológicas:

a. Es el momento en que se cumple la “Hora” de Jesús. En efecto, la Pasión y muerte del Señor están asociadas a este cumplimiento, y la “Hora” es un tema teológico que se va repitiendo prácticamente desde el inicio, en el relato de las bodas de Caná<sup>36</sup> hasta el comienzo de los relatos de la Pasión<sup>37</sup>. La Hora es la manifestación de la Gloria de Jesús, y también la manifestación de la Gloria del Padre.

La manifestación de la Gloria de Jesús no se da según criterios mundanos de triunfo, de espectacularidad y de aplauso. Por el contrario, la Gloria de Jesús se deja ver en el “fracaso” de la Cruz, en la derrota según los criterios del mundo. Pero es precisamente allí donde aparece la Revelación de quién es Jesús, esto es, el que salva por la entrega de su propia vida. Y el fundamento de esto es el amor.

b. Hora, Gloria y Amor. Todos estos elementos están profundamente unidos. Es en su “Hora” en la que Jesús manifiesta su Gloria, y al mismo tiempo la Gloria de Dios. Y la Gloria de Dios es, en definitiva, el mostrarse tal como es, y como más adelante se dirá en otro pasaje fundamental, Dios es Amor (cfr. 1 Jn 4, 16). Desde el capítulo 13 hasta el capítulo 17, todo lo que dice Jesús está marcado por el amor: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros” (Jn 13, 34); “El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ame, será amado de i Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él” (Jn 14, 21); “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos: Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (Jn 15, 13).

c. Además de presentar la muerte de Jesús en la cruz como el momento en que el Cordero de Dios quita los pecados del mundo, Juan resalta en su evangelio que es allí, en la Cruz donde se da una doble entrega: en primer lugar, Jesús entrega a su Madre a toda la humanidad como nuestra Madre. En efecto, en la persona del Discípulo amado, todos los discípulos de Jesús en la fe reciben a María como Madre, y María recibe el encargo de ejercer sobre los discípulos una maternidad espiritual: “Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, y la hermana de su madre... Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dice al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa” (Jn 19, 25-27). En segundo lugar, es en el momento de la muerte en la cruz

<sup>36</sup> “Mujer, ¿qué a ti y a mí? Aún no ha llegado mi Hora” (Jn 2, 4).

<sup>37</sup> “Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre...” (Jn 13, 1).



que Jesús entrega el don del Espíritu a toda la humanidad. Si recordamos lo que dice Jn 19, 30: "... e inclinando la cabeza, entregó el espíritu", y sobre todo Jn 19, 34: "...uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua", vemos en estas realidades el símbolo de la efusión del Espíritu, el cumplimiento de lo que había indicado el evangelista en Jn 7, 37. El Espíritu Santo había sido mencionado en los discursos de despedida<sup>38</sup>, y es ahora cuando es entregado<sup>39</sup>.

### La Resurrección de Jesús

Ocupa el capítulo 20 del evangelio y encuentra una proyección eclesiológica (si cabe la expresión) en el capítulo 21. Significa el triunfo de Jesús sobre la muerte y al mismo tiempo su glorificación definitiva. Es la victoria sobre el pecado, la realización de la salvación que el Señor nos ha venido a traer.

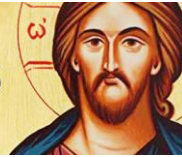
Estudiar en detalle los sucesos del domingo de resurrección no es posible en el breve espacio que disponemos. Señalamos de modo breve algunos aspectos importantes. Al igual que los evangelios sinópticos, Juan presenta el sepulcro vacío como indicio (¡no prueba ni demostración!) de la resurrección de Jesús. Son las apariciones de Jesús las que confirman que efectivamente ha resucitado y en este sentido Juan narra cuatro apariciones: a María Magdalena ante el sepulcro vacío (Jn 20, 11-18); a los discípulos el mismo día de la resurrección (Jn 20, 19-23); a los discípulos y a Tomás el Mellizo, una semana después (Jn 20, 24-29) y por último, se aparece en Galilea, cuando los apóstoles están pescando (Jn 21, 1-23), episodio particularmente intenso sobre el cual volveremos inmediatamente. A través de su resurrección, Jesús manifiesta su divinidad, ahora expresada en su humanidad glorificada, visible sólo mediante la fe. Testimonio de esto es la exclamación de Tomás el incrédulo cuando toca las llagas de Jesús resucitado: "Señor mío y Dios mío" (Jn 20, 28).

Con la resurrección de Jesús da comienzo, además, el "tiempo de la Iglesia" cuya misión es llevar a los hombres lo que Jesús nos ha obtenido: el perdón de los pecados (cfr. Jn 20, 21-23). Bajo la guía y la autoridad de Pedro, la Iglesia debe dedicarse a la misión apostólica, que es la de "pescar" a los hombres en el mar de este mundo, para conducirlos a la salvación. Todo esto se halla indicado en el bellissimo relato de la última

<sup>38</sup> Cfr. Jn 14, 26, Jn 15, 26, Jn 16, 13ss.

<sup>39</sup> En su comentario a Jn 19, 34 la Biblia de Jerusalén dice: "El sentido de este hecho lo precisarán dos textos de la Escritura, vv. 36ss. Lv 1, 5+; Ex 24, 8+, atestigua la realidad del Cordero ofrecido por la salvación del mundo, 6, 51, y el agua, símbolo del Espíritu, atestigua su fecundidad espiritual".

## ESCRITOS JOÁNICOS



aparición de Jesús narrada por Juan, con la consiguiente pesca prodigiosa y el encargo que el Resucitado da a Pedro de ser el que apaciente su rebaño, la Iglesia (Jn 21, 15-19).

### **Conclusión**

Recapitulando lo que hemos visto en la cristología del evangelio de Juan, presentamos sintéticamente los siguientes puntos:

- + Seguramente el tema cristológico central del evangelio es la presentación de Jesús como revelador.
- + Jesús da a conocer (= revela) el misterio de Dios: que es Padre, y que ha enviado a su Hijo y con él, al Espíritu Santo para la salvación del mundo (dimensión trinitaria).
- + Jesús da a conocer (= revela) que él es el Hijo que nos da la vida eterna, y que, por la fe en su persona, nosotros podemos llegar a ser hijos de Dios (dimensión cristológica)
- + Finalmente, Jesús da a conocer el amor que Dios nos tiene (Jn 3, 16) y que él mismo nos manifiesta (Jn 15, 13). Revela que Dios es amor y todo lo que nos ama (dimensión agapetológica).

## ESCRITOS JOÁNICOS

